



MORAL

(1er. Año.)

Sacrificio de una madre por su hijo.

LA VIUDA DEL LEÑADOR.

Acostumbraba la viuda de un pobre leñador, ir todos los días á cortar leña en medio de los bosques de pinos que coronan las cimas de los Vosgos, y mientras recorría la selva, dejaba su niño, todavía muy pequeño en algún matorral.

Pero, ¿podía acaso estar ausente largo rato de su querido niño? Una hora de espera es un siglo para la tierna madre. Tal vez en aquel momento alarga sus bracitos llamando á gritos á su madre.

Alarmada con sus pensamientos se apresura á llegar donde reposa su hijo, cuando se presenta á su vista un terrible lobo, con el pelo erizado y la boca abierta. Helada de espanto siente el frío de la muerte, y teme que la fiera haya devorado

á su hijo. ¡Dios sea loado! un débil grito le anuncia que su hijo respira aún, acostado en su cuna de yerba.

En aquel momento se dispone el lobo á arrojar sobre su víctima, va á alcanzarla; ¡cuánta fuerza no inspira en una madre el peligro de su hijo! Con el mayor valor se interpone entre su enemigo y el matorral, haciendo de su cuerpo una muralla para defender á su hijo.

Al ver ésto la fiera, olvida la presa de que iba á apoderarse, y volviendo toda su rabia contra la nueva víctima que se le presenta, se arroja sobre ella, la destroza y se sacia de sangre. Mientras aquella desgraciada forcejeaba con el lobo, se acuerda de que lleva consigo un cuchillo, le coge, y reuniendo todas sus fuerzas ya desfallecientes, hunde el agudo hierro en el corazón del animal, que expira dando un horrible aullido. Debilitada la madre por aquel esfuerzo, cae al lado de su enemigo muerto, gritando: "¡Salvad á mi hijo!"

A sus lastimeros quejidos acuden algunos leñadores, que ven, al llegar, á su pobre compañera tendida en el suelo ensangrentada. Durante el combate, se había dormido el niño en apacible sueño, ignorando el peligro de su madre.

Los leñadores llevan al hijo y á la madre á su cabaña; rodean á la pobre mujer inanimada, pro-

digándole todos los cuidados que pueden volverla á la vida. ¡Socorros inútiles! Está ya fría. . . .

Desesperaban ya de reanimar aquella víctima generosa del amor maternal, cuando tuvo alguno la idea de arrimar la cara del niño á la de su madre; á poco hace ésta un ligero movimiento, se van coloreando sus mejillas, entreabre sus ojos descaecidos, y un suave calor comienza á extenderse por sus miembros; conoce á su hijo, y lo estrecha entre sus brazos con entrañable ternura. La imagen del monstruo se presenta sí, á su imaginación; pero la olvida en seguida, puesto que su hijo vive. . . . Y está salvada ella misma.

(Barrau.)

El amor filial.

Narcisita era una niña de siete años.

Sus padres eran todo su encanto; en ellos pensaba después de Dios al despertar: cuando salía de la escuela aligeraba el paso para verlos y besarlos: todos los días al levantarse de la cama, se dirigía á los rosales que tenía, para formar dos lindos ramilletes que presentaba con una sonrisa de ángel uno á su papá y otro á su mamá.

Una vez se enfermó ésta. ¡Cuánta tristeza y pesar sintió entonces el corazón de la niña! De día y de noche quería estar á su lado, para darle los alimentos y medicinas que necesitaba. Por

más que la enferma le rogaba que se acostara á la hora de dormir, la niña se quedaba velando hasta la media noche en que el sueño la rendía.

Una vez le oyó decir al médico que tenía la enferma muy poca sangre, y le preguntó ¿qué, no podría sacarme á mí, que estoy buena, la sangre que se necesita para introducirla en las venas de mi mamá? Buena niña, contestó el médico, no es necesario ésto. Tu mamá sanará pronto; no te entristezcas, no llores.

Pocos días después tuvo el grandísimo placer de ver ya sana á su mamá, que con sus tiernas caricias le pagaba el grande amor que Narcisita le había mostrado en los días de la enfermedad.

El médico refería en todas partes lo que la niña le había dicho, y no había quien no la nombrara, la "luz de sus padres, el ángel de su hogar."

Amor filial. (bis)

RASGO DE UN NIÑO DE CINCO AÑOS.

He aquí un rasgo de abstinencia, tanto más interesante, cuánto que nace de la ternura filial, y su autor es un niño de cinco años. Un cura de las cercanías de Rennes, ciudad de Francia, envió á buscar á tres hijos de uno de sus parroquianos, muy miserable, para hacerles tomar medida de un vestido. El frío era rigorosísimo, y los tres niños tenían los miembros entumecidos; el buen cura les hizo acercar á la lumbre, y les dió un pedazo de pan y carne. Los dos mayores se comieron su ración con mucha gana; pero el tercero miraba la suya con un aire satisfecho, sin tocarla. "¿Porqué no comes, hijo, le dice el cura con suma bondad.—Porque quiero guardar mi pan y mi carne para mi madre, que está enferma, respondió el niño.—Cómetelo, replica el cura, que yo enviaré á tu madre lo que necesite.—No me lo comeré, porque quiero llevárselo á mi madre yo mismo.

A estas últimas palabras se llenaron de lágrimas los ojos del niño. "No llores, hijo mío, replica el cura; á tú madre no le faltará nada; pero mientras tanto come tú, porque debes tener gana.—Sí, señor, que tengo gana, pero mi madre está enferma.—Pues bien, aquí tienes pan y carne

para tu madre: pero quiero que te comas lo que te he dado.—En este caso, señor cura, comeré el pan solo, porque quiero llevar la carne á mi madre, y así tendrá más.”

(De la Moral Práctica de Barrau).

Debemos respetar á nuestros padres.

Camilo, niño de diez años, tenía un genio iracundo y grosero.

Su madre, que era viuda, vivía siempre triste y pesarosa, porque el niño no la respetaba, pues en presencia de ella reñía con otros niños: le dirigía palabras duras si no estaba la comida ó la ropa, cuando él las pedía: al empezar á reprenderlo le daba el niño la espalda, y se retiraba llorando.

Una vez que tuvo ella necesidad de imponerle un ligero castigo, Camilo huyó de su casa, dejando á su pobre madre llena de pesar.

Como se alejó del pueblo en que vivía, temiendo ser aprehendido por la autoridad, caminaba siempre por angostas veredas. Anduvo así dos días, al cabo de los cuales no sabía ya qué hacer. Extraviado del camino, muriéndose de hambre y de sed, durmiendo en el campo, y oyendo en las noches el aullido de los lobos y el triste canto de

los buhos, no sabía á donde dirigirse, ni á quien pedirle socorro en sus necesidades.

Entre tanto, la pobre madre, al ver que su hijo no volvía, temiendo que le sucediera una desgracia, ó que no pensara ya en volver, se apesaraba más y más, y cayó enferma. La fiebre la enloqueció, y sus vecinos temieron que perdiera la vida. En su locura lloraba pronunciando siempre el nombre de su ingrato hijo.

Este que había pasado ya tantas hambres, congojas y sustos, pensó en lo muy mal que se había conducido para con su madre, y resolvió volver, y pedirle perdón; pero estaba perdido, y mientras más creía acercarse á su casa más se alejaba de ella, hasta que por fin se encontró con un buen hombre vecino de su pueblo, que volvía de una hacienda inmediata.

Llorando Camilo le confesó su falta, y el hombre lo condujo á la casa de la afligida madre, á quien encontró casi moribunda. ¡Cuán grande es el cariño de una madre! al verlo de rodillas, junto á su lecho, al recibir sus besos y abrazos, y al oír sus promesas de arrepentimiento, la señora sintió que se le quitaba un gran peso del corazón, y empezó á tener alivio; al cabo de algunos días estaba enteramente sana, y con la satisfacción de ver que Camilo la trataba con tanto respeto como el mejor de todos los hijos.

Resultados de la desobediencia.

Una pobre viuda, que vivía en una casita de techo de paja, tenía un niño á quien gustaba mucho divertirse jugando con fuego. Muchas veces, cuando él creía que su madre no lo veía, hacía lumbre en el patio ó en el solar, valiéndose para ésto de cerillos que conseguía con sus compañeros. Su madre le había prohibido muchas veces aquella diversión; pero él la había desatendido.

Una vez que ella por enfermedad estaba durmiendo dentro de la casa, el niño hizo una lumbre en el patio: empezó á hacer viento, y algunas hojas encendidas volaron hacia el techo, con lo que éste empezó á arder. El niño entonces, lleno de susto, corrió gritando hacia la cama de su madre; la casa se había llenado de humo, y las llamas abrazaban ya una gran parte del techo; pero ya era tarde: su casa, su cama, sus ropas y sus pobres muebles, se habían quemado, y hasta ella misma tuvo que sufrir algunas quemaduras.

Todos estos males fueron causados por la desobediencia del niño.

Amor fraternal.

Augusto y Marcelo eran hermanos.

Un día riñeron, y mientras caminaban, dándose la espalda, Augusto vió pasar una mujer que tenía en sus brazos unos niñitos dormidos. El uno estaba recostado sobre su brazo derecho, y el otro sobre el izquierdo, y las dos cabecitas rubias iban á unirse encima del corazón. ¡Oh! dijo entre sí Augusto; así era como nuestra madre nos llevaba cuando éramos pequeñitos. Estábamos reunidos sobre su corazón, y hoy, ¡hemos de huir uno de otro como si fuéramos enemigos! Diciendo esto Augusto corrió á abrazar á Marcelo!

Y ambos prometieron que siempre que estuvieran á punto de enfadarse uno con otro, pensarían en su madre, y acabarían por caer el uno en brazos del otro.

(Guyau.)

Amor á nuestros semejantes.

El niño Luis era hijo de un buen artesano, que aunque no era rico, ganaba lo suficiente para mantener y educar á sus hijos. El niño era de muy buen corazón: jamás se molestaba con las travesuras de sus compañeros: se entristecía mu-

chísimo cuando veía que alguno de ellos andaba descalzo ó cubierto con harapos, ó sin abrigo en tiempo de invierno; y decía para sí; ¡cómo siento no ser rico para dar á este pobrecito todo lo que necesita!

Cuando alguno de sus compañeros se enfermaba, Luis era el primero en visitarlo, y servirlo en lo que podía, yendo á llamar al médico, ó á traerle las medicinas.

Cuando veía que algunos niños se burlaban de los cojos y los ciegos, no podía dejar de reprenderlos, diciéndoles: no quiera Dios que alguno de Udes. quede ciego ó cojo, porque tendrá que sufrir lo que estos pobrecitos.

El padre de Luis cada ocho días le daba un tostón para que comprara juguetes ó golosinas; pero al cabo de algún tiempo, viendo que el niño no tenía ningún juguete, le preguntó en qué gastaba su dinero; el niño no hallaba qué responderle, temiendo que su padre fuera á molestarle.

Este llegó á pensar que su hijo jugaba aquel dinero, y hasta lo reprendió; pero pronto salió de su error: un día se presentó en su casa una pobre anciana, manifestando que quería hablar con Luis en presencia de su papá.

Entonces éste oyó las siguientes palabras: niño,

á ti te debo la vida: enferma, anciana y en la miseria, tú me has dado muchas veces el pan que necesitaba para mi alimento. ¡Dios te bendiga á tí y á tus buenos padres!

Hijo mío, le dijo el padre abrazándolo, y con las lágrimas en los ojos. ¿Porqué me habías ocultado que eras tan bueno?

¿Porqué no me habías dicho que lo poco que te doy lo empleas en hacer el bien á los pobres?

En lo de adelante te daré dos tostones para que puedas hacer mayor bien á los necesitados.

Señor, dijo la anciana, no necesita Ud. hacer ese sacrificio, pues si bien yo estaba en la pobreza, era porque hombres de mal corazón me habían quitado los muchos bienes que tenía; y ahora que he logrado recobrarlos, los pongo todos á disposición de Ud. y de su hijo, que serán mis únicos herederos,

Abnegación.

A Enrique, niño aplicadísimo al estudio, le había dado su papá un peso para que comprara el juguete que más le gustara.

El niño recorrió la calle del comercio, deteniéndose ante los aparadores de tiendas y dulcerías: cuando estaba para comprar el juguete de su ma-

yor agrado, vió que pasaba cerca de él un niño huérfano, enflaquecido y cubierto de harapos, pidiendo una limosna por el amor de Dios.

¡Pobrecito niño! dijo para sí Enrique, ¿qué sentiría yo, si muriéndome de hambre, como él lo está, lo viera bien vestido, alegre, y divirtiéndose contento con este juguete? ¡Pobrecito! más necesario es que él coma que el que yo me divierta con lo que pienso comprar.

Se le arrasaron los ojos de lágrimas, y llamando al niño, compró para él con la moneda que tenía el pan que necesitaba para saciar el hambre.

Conmovida por aquella noble acción de Enrique una señora rica, que la había presenciado sin que él lo advirtiera, le regaló el juguete, colmándolo de caricias, y puso en sus manos unas moneditas de oro para que le mandara hacer un par de vestidos á aquel pobrecito niño.

Este rasgo de abnegación de Enrique, es digno de ser imitado por todo el mundo.

LA GRATITUD.

(ANTIGUA HISTORIETA.)

Hace un poco más de 1800 años que un pobre esclavo fué sentenciado en Roma á morir despedazado por un león hambriento.

Cuando algún infeliz moría de esta manera, el emperador y casi todo el pueblo, se gozaban en presenciar la ejecución, porque eran muy malas las costumbres y los sentimientos de la mayor parte de los hombres de aquella época.

Cuando más pensaban divertirse, esperando que el león se arrojara sobre el esclavo, vieron con admiración y asombro, que la terrible fiera, al abrirse la puerta de su jaula, se dirigió á él haciéndole caricias, y echándose á sus piés.

Admirado el emperador, lo mandó traer á su presencia para preguntarle la causa de aquel suceso tan extraño. El esclavo contestó que hacía algunos años, hallándose en un bosque de Africa, se encontró derepente con aquel león, que, arrastrándose, le presentó un pié en que tenía clavada una espina. Él compadecido, se la sacó, recibiendo después del animal muchas caricias, que le animaron á seguirlo á su cueva, en donde por mucho tiempo se alimentó con la carne que aquél le llevaba. Cansado de tan triste vida, se alejó de él, y después descubierto por su amo, fué vuelto otra vez á la esclavitud.

El león, al salir de la jaula para devorarlo, lo reconoció, y ésta fué la causa de que le hiciera tantas fiestas y caricias,

Al oír este relato, el emperador, enternecido,

le dió al esclavo la libertad y le regaló el león, exclamando delante del pueblo:

“Parece imposible que haya tantos hombres que jamás agradecen un beneficio, cuando hasta las fieras les dan tan grandes ejemplos de gratitud para con quienes les hacen bien.”

La Gratitude Premiada.

Julián era hijo de un carpintero. Siendo muy niño todavía, quedó huérfano, y un hombre rico y caritativo lo recogió, lo educó, y le dió el oficio de la carpintería. Cuando tenía ya 17 años, su protector, entregándole bastante dinero, le dijo: Julián, quiero que viajes por algunos pueblos de Francia, para que te perfecciones en tu oficio, viendo como se trabaja allá, en los mejores talleres de carpintería.

Julián viajó tres años, y volvió á su pueblo con muchos deseos de ver y abrazar á su protector; pero cuando llegó tuvo que llorar con amargura, pues supo que éste había fallecido repentinamente.

Tomó entónces en alquiler una casita donde se puso á trabajar. Supo á poco que unos sobrinos

de su padre adoptivo, iban á vender todo lo que había sido de éste, y se dirigió al lugar de la venta, para ver por última vez el retrato de la persona á quien había querido tanto.

Pero al llegar halló que aquellos ingratos estaban poniéndole el precio de 50 centavos á tan valiosa prenda, y como él los traía, lo compró.

Cuando ya lo llevaba á su casita notó que pesaba mucho, y al colgarlo en un clavo de la pared, se cayó éste, rompiéndose la tela de atrás del retrato; por la rotura salieron muchos cartuchos de dinero. y un papelito en que su bienhechor había escrito estas palabras: como mis sobrinos han sido muy ingratos para conmigo, supongo que venderán mi retrato, y como no lo ha de comprar sino la persona que me haya querido mucho, á esta persona le dejo todo el dinero que está aquí.

Julián derramó lágrimas de gratitud y bendijo mil veces á su protector.

(Resúmen de una historieta contenida en la Moral Práctica de Barrau.)

La Probidad premiada y la mala fé castigada.

Una mañana muy temprano llegaron dos muchachos al mercado, extendieron sus puestos, y